

prudente venir á París. No tenía gana alguna de romper con los moderados y entregarlos á los Diez y seis que ya denunciaban á la ira del pueblo á los traidores; pero le inquietaba una agitación que podía despojarle del poder sin darle tiempo á tomar sus precauciones. Presentóse el duque en la reunión del 4 de noviembre y se quejó de algunos que habían sido de parecer de enviar una diputación al rey de Navarra y dijo que la causa de París estaba enlazada con la de los príncipes y no debía ser tratada aparte, añadiendo que consentía en olvidar lo ocurrido, pero que esperaba que nadie insistiría en ello; de lo contrario, «habré de creer que son desafectos á nuestro partido y habré de tratarles como enemigos de nuestra religión.»

Los *invitados* se dieron por advertidos y nada más intentaron. El lugarteniente general, dueño nuevamente de la situación, dedicóse á mantener la balanza en el fiel entre los políticos y los Diez y seis y á fortalecerse con ambos partidos, favoreciendo según las circunstancias á los violentos ó á los moderados. Así apoyaba al abogado general Dorléans contra la gritería de los predicadores, pero al mismo tiempo amenazaba con enviar á la Bastilla á dos ciudadanos que se quejaban de haber sido maltratados por los Diez y seis; y si por un lado en las elecciones municipales nombraba por su propia autoridad concejal á Pichonnat, uno de los Diez y seis, á quien los electores no habían dado un solo voto, por otro rechazaba una instancia en que se pedía la depuración del Parlamento, de la milicia y de los alcaldes de barrio y una información sobre el complot del 26 de octubre.

Quedaba, pues, demostrada la impotencia de los partidos para resolver las dificultades presentes. La lucha entablada entre Enrique IV y su pueblo no terminará ni por un convenio, ni por un complot, ni por la fuerza; el desenlace que no han podido preparar las intrigas ni precipitar las armas, la necesidad va á imponérselo á los jefes de partidos, al soberano y al pueblo.

CAPITULO VI

LOS ESTADOS GENERALES DE 1593 (I)

I. La nación de la Liga. — II. La conferencia de Suresnes.
III. Los derechos de la infanta. — IV. La abjuración

I.—La nación de la Liga

El día 4 de noviembre, en las Casas Consistoriales, asombrado Mayenne de los sentimientos que en la asamblea dominaban, volvióse, según parece, á La Chapelle-Marteau preguntándole: «¿Qué quiere el pueblo? — Señor, le respondió aquél, piden un rey y quieren tener uno. — Los Estados les darán uno, repuso Mayenne;

(1) FUENTES: *Procès verbaux des Etats généraux de 1593*, publicados por Augusto Bernard, «Coll. Doc. inédits», 1842. *Lettres d'Etienne Bernard, maire de Dijon sur l'assemblée des Etats généraux de la Ligue*, «Bibliothèque de l'Ecole des Chartes», 3.^a serie, I, 1849-1850. (Honorato du Laurens), *Discours et rapport véritable de la conférence* (de Suresnes), París, 1593. *Mémoires d'Etat de Villeroy*, III y IV, 1665. C. Read, *La Satyre Menippée, suivant l'édition princeps de 1594*, «Librairie des Bibliophiles», 1876. F. Giroux, *Le premier texte manuscrit de la Satyre Menippée*, Laón, 1897. *Dialogue d'entre le Maheustre et*

ne; pero cuando lo tengan, ¿qué más les hará ese rey de lo que yo les hago?»

El jefe de la Liga creía ocupar el puesto de rey y se había mostrado durante mucho tiempo hostil á los Estados generales, designando sucesivamente París, Melún y Orleans como punto de reunión, pero encontrando siempre un pretexto para aplazarlos. Al fin, á instancias de los españoles, se había decidido, en junio de 1592, á elegir Reims, y en su consecuencia habíanse enviado letras de convocatoria á las buenas ciudades, habíanse efectuado elecciones y hasta algunos diputados habían ido á la indicada ciudad; pero Mayenne había reflexionado que Reims estaba muy cerca de los Países Bajos y que si el duque de Parma acudía allí «acompañado según su costumbre,» podría hacerse dueño de la plaza y sojuzgar á la asamblea. En cambio, nada había que temer de París, «así por la grandiosidad» de la ciudad como «porque estaba más lejos de la frontera;» por esto Mayenne aprovechó la muerte del duque de Parma (3 de diciembre de 1592) para trasladar los Estados á la capital. Véase emancipado de la tutela española y libre de desempeñar el primer papel, y creía que sería él quien dirigiría los Estados generales.

Felipe II esperaba conseguir de los diputados el reconocimiento de los derechos de la infanta, y el duque de Parma había reunido en Arrás un ejército que, en el momento oportuno, debía intervenir é influir en las negociaciones con toda la fuerza de las armas. Muerto el duque, su sucesor, el conde de Mansfeld, marchó sobre Noyón, que cerraba el valle del Oise y el camino de París, apoderándose de ella después de una furiosa resistencia (30 de marzo de 1593), y la guarnición española que allí puso le aseguró una nueva etapa á treinta leguas de la capital. Un embajador extraordinario, el duque de Feria, partió para París acompañado de un legista, D. Inigo de Mendoza, y provisto de dinero, es decir, en condiciones de convencer y de sobornar.

El papa Clemente VIII, lleno de escrúpulos, continuaba mostrando á Enrique IV las mismas malévolas disposiciones que sus predecesores, y sus breves dirigidos á los magnates católicos y á las ciudades recomendaban la unión de todos los católicos contra el herético tirano: «Oponed á su furor el valor de un monarca muy bueno y verdaderamente cristiano.» El nuevo legado, Felipe Sega, cardenal de Plasencia, era tenido por uno de los más sagaces diplomáticos de la Curia romana. Roma, España y Mayenne obraban aparentemente de acuerdo y parecían perseguir el mismo fin, la elección de un rey.

La inteligencia de los ligeros y de las potencias católicas inquietaba tanto más á Enrique IV, cuanto que las divisiones de los realistas habían llegado á su período agudo. Sin que creamos que su vida hubiese es-

le Manant. L'Estoile, V y VI. *Mémoires de Marillac*, M. y P., XI. *Mémoires de Grouart* (primer presidente del Parlamento de Normandía), id., XI.

OBRA DE CONSULTA: G. Picot, *Histoire des Etats généraux*, 2.^a edición, IV. P. Richard, *Pierre d'Epinac, archevêque de Lyon* (1573-1599), 1901. Stühelin, *Der Uebertritt Königs Heinrichs des Vierten von Frankreich zur römisch-Katholischen Kirche*, Basilea, 1856. L'Epinois, *La Ligue et les papes*. Labitte, *De la démocratie chez les prédicateurs de la Ligue*. Frank, *Satyre Menippée*, Oppeln, 1884. Poirson, *Histoire de Henri IV*, I.

tado amenazada por una conspiración, preciso es admitir que ocurrieron hechos graves de desobediencia y hasta de hostilidad, desde el momento en que se le aconsejó que castigara á esos enemigos domésticos y «llevara las manos bajas,» según expresión de un contemporáneo, consejos que tuvo el buen criterio de no seguir. En aquella crisis intestina, los sucesos de París debían inspirarle mayor cuidado, y por esto protestó contra la presunción del duque de Mayenne «que no podía manifestarse mayor» que con aquella convocatoria de todos los órdenes del reino, «cosa hasta ahora inaudita, hecha en nombre de otro que de los reyes, según por todas las leyes esta autoridad está á ellos solos reservada, y considerada como un crimen de lesa majestad para todos los demás;» y prohibía á todas las personas, fuese cual fuere su calidad y condición, ir ó enviar á «la supuesta asamblea celebrada ó que se había de celebrar» en París, «ni dar pasaje, asistencia ni ayuda á los que fueren ó volvieran de la citada asamblea» bajo pena de tenerlos «por convictos del crimen de lesa majestad al primer jefe» (29 de enero de 1593).

El Tribunal de Chalóns la había tomado especialmente con el papa: denunció aquella detestable conspiración contra esta «florecente monarquía, cuya ley fundamental consiste principalmente en el orden de la sucesión legítima;» decretó la prisión de Felipe, titulado de Saint-Onuphre, cardenal de Plasencia; prohibió á todos, nobles, eclesiásticos y pecheros, que asistiesen á dicha asamblea, bajo pena de ser tratados «como criminales de lesa majestad y perturbadores del sosiego público, desertores y traidores á su país;» y dispuso que las ciudades en donde se reuniera, serían totalmente arrasadas sin esperanza de ser reedificadas jamás «para perpetua memoria á la posteridad de la traición, perfidia é infidelidad» (18 de noviembre de 1592).

No les era fácil á los diputados llegar hasta París por entre la red de provincias, ciudades y castillos realistas. Los soldados batían la campaña, detenían á los mercaderes y á los viajeros y les exigían rescate cuando no los mataban; y aun cuando los jefes militares tenían la costumbre de vender pasaportes, en aquella ocasión no había que contar con ellos, porque el rey tenía demasiado interés en impedir aquella reunión de rebeldes, y cualquier diputado, si era reconocido, corría peligro de muerte.

Por esto ciertas provincias renunciaron á hacerse representar en los Estados generales, resultando de ello que así como las asambleas precedentes habían reunido de 400 á 500 miembros, aquella sólo contaba 128. Algunos diputados se prepararon para ese viaje como para la expedición más peligrosa. Bernard, vizconde mayor de Dijón, se hizo designar un sucesor; el clero organizó novenas, mandó hacer oraciones de cuarenta horas y celebró una procesión general para atraer la protección del cielo sobre los mandatarios de la ciudad; la mayoría de los habitantes notables visitaron á Bernard; y gran número de mujeres y de niños se agolpaban en las calles á su paso, unos «saludándole y otros acercándose á él para besarle las manos.» Y esto que Bernard partía bajo la protección del vizconde de Tavannes que se dirigía á París con una numerosa tropa de gentes á caballo.

Odet Soret, labrador, elegido por el Tercer Estado

de Caux, creyó no poder pasar de Ruán. El gobernador Villars-Branca, que se había encargado de conducir á los diputados ligeros de Normandía, habíales dicho que estuvieran preparados para el 12 de enero; y sin embargo, no pudieron partir hasta el 8 de febrero y anduvieron dando rodeos y por etapas desiguales, pasando de la orilla derecha á la izquierda del Sena y soportando un frío intenso «para evadir los caminos por miedo al peligro.»

Y no se reducían á esto los padecimientos. Era preciso vivir, y las ciudades calculaban parcimoniosamente la indemnización del viaje y no querían anticipar fondos; así es que sus representantes llegaban al término del viaje sin recursos. En Reims, los diputados que habían respondido á la convocatoria de Mayenne (junio de 1592) se habían visto obligados á pedir prestados á la ciudad algunos escudos; y los que vinieron á París vivieron, en los últimos días de los Estados, de las raciones que se distribuían. La Asamblea estaba tan pobre que desde el comienzo de sus sesiones hubo de pedir prestado á la municipalidad un pregonero para llevar un mensaje.

No sería justo, sin embargo, imaginarse á los diputados como mendigos á sueldo de España.

Los Estados generales de la Liga no han sido mejor tratados por la posteridad que por sus contemporáneos. Realistas y galicanos, historiadores filósofos del siglo XVIII sólo sienten por ellos horror y desprecio; y para colmo de infortunio fueron puestos en ridículo por uno de los mejores libelos de nuestra literatura, con todo y ser ésta tan abundante en esta clase de escritos. *La Satyre Menippée* (*Sátira Menippea*) es considerada por muchos como un relato apenas desfigurado, como una historia casi exacta, de los Estados generales, siendo así que, á decir verdad, no es más que su caricatura.

Es un modelo de malicia y de elocuencia que quita caretas, descubre bajo las afectaciones del fanático y las declaraciones de desinterés, las concupiscencias crudas y los cálculos viles, expone á la vergüenza pública á los charlatanes de la Liga, señala el triunfo del buen sentido sobre el furor sectario, del espíritu de orden y de la disciplina sobre los instintos de violencia y de anarquía, del derecho dinástico sobre el derecho teocrático, de la idea de patria sobre la idea de Iglesia. Mas no se le exija que sea justa con un partido cuyos principios condena y cuyos actos detesta, pues jamás hace distinción entre lo ridículo de las manifestaciones y lo serio de las reivindicaciones, entre las miras interesadas de los jefes y las pasiones generales de las masas.

Los Estados generales de 1593, fiel imagen de la nación afecta á la Liga, eran muy adictos á la Iglesia, y sin embargo se negaron á admitir en sus deliberaciones al legado del papa y sólo consintieron en recibirle en sesión solemne. Tenían una opinión muy elevada de su dignidad, tanto que no dieron en sus mensajes el título de Monseñor al duque de Mayenne hasta después de haber recibido de él numerosas pruebas de deferencia, y estaban convencidos de que sólo en ellos residía la omnipotencia, creencia que con ellos compartía la nación partidaria de la Liga. Así la mayoría de los libros impresos en aquel tiempo llevan la indicación «con autorización de los Estados.»

Son en número muy escaso los cuadernos que han llegado hasta nosotros, y en ellos se pide la elección de un rey católico y francés, que no sea hereje ni fautor de herejía, la admisión del Concilio de Trento, el mantenimiento de las libertades provinciales y la reducción de los pechos á la cifra á que se elevaban en tiempo de Luis XII. El clero de Auxerre quiere que el rey elegido sea católico y, á ser posible, de la estirpe real aceptada por el Padre Santo y por el rey de España, que le dará á su hija por esposa; la ley sálica será suspendida por una vez, pero no derogada. Reims, la ciudad de los Guisa, pide, conforme á la antigua libertad de los Estados de Francia, la elección y creación de un rey. Las reivindicaciones de Ruán revisten un carácter muy provincial: subsistencia para la Normandía de los derechos y privilegios contenidos en la Carta á los Normandos, y prohibición para el rey de percibir ningún impuesto sin el consentimiento de los Estados provinciales de Normandía. Troyes excluye formalmente á Enrique IV, aunque se convierta, y á los Borbones católicos; el nuevo rey tendrá á su lado un Consejo compuesto de los príncipes católicos, de los funcionarios de la corona y de tres personas de los tres órdenes de cada provincia; los Estados provinciales se reunirán periódicamente; y los Estados generales de París votarán los fondos necesarios para poner término á los disturbios, pero una vez restablecido el orden, no podrán imponerse subsidios sin el consentimiento de los demás Estados generales. El partido de la Liga se apoya siempre en el pasado: invoca los derechos históricos, las libertades, los privilegios y las franquicias de las provincias; no aduce ningún otro argumento contra el poder absoluto y no tiene más idea que la de un progreso hacia atrás; los cambios que reclama son simplemente restauraciones; el programa de la Revolución es un programa de reacción.

La sesión inaugural se celebró el 26 de enero de 1593 en el Louvre, en la sala alta (encima de la de las Carriátides) y con el ceremonial de costumbre. El Lugarteniente general pronunció la arenga con que los reyes inauguraban las sesiones y en la cual ensalzaba la obra de la Liga desde 1588, exhortaba á los diputados «á aconsejar lo que había de hacerse en lo porvenir,» y afirmaba «estar dispuesto á dar su vida por la salvación de la religión católica y por la conservación del Estado.»

El duque de Feria, á quien el rey de España, protector de la Unión, había delegado cerca de la Asamblea como embajador extraordinario, fué recibido en audiencia solemne con honores casi reales (2 de abril de 1593). Doce diputados le esperaban al pie de la gran escalera, y el cardenal de Pellevé, cuatro obispos y el hijo de Mayenne á la puerta del salón; y precedido de sus matachines napolitanos, españoles y walonas de la guarnición de París, pasó, con la cabeza descubierta, por entre las filas de los diputados, quienes se levantaron y descubrieron á su paso. En el fondo del estrado había un dosel de terciopelo y debajo de éste un trono vacío. El cardenal de Pellevé, á quien los tres órdenes habían elegido como orador, sentóse en un sillón á la derecha del trono y el embajador á la izquierda; de este modo estaban agrupados en torno de aquel símbolo de la realeza vacante las dos potencias que tenían la pretensión de restablecerla, á un lado la nación y el ex-

tranjero al otro. El duque de Feria presentó las letras de Felipe II que le acreditaban cerca de los Estados generales y expuso en latín el objeto de su misión, ensalzando con énfasis los servicios por su soberano prestados á los reyes de Francia desde el comienzo de las turbulencias, estableciendo una comparación entre sus favores y el desinterés de su celo y las agresiones contra él dirigidas en Portugal y en los Países Bajos, y enumerando todos los socorros en hombres enviados á Francisco II, á Carlos X y á Enrique III, la liberación de París y de Ruán, los seis millones en oro que habían sido gastados y la cooperación de la diplomacia española cerca de la Curia romana para apresurar la convocación de los Estados generales.

Los Estados escucharon con disgusto «el reproche y la reprobación» que el embajador había formulado contra Francia. No menos torpe era la carta que Felipe II les dirigía: en ella les invitaba á no separarse sin antes haber elegido un rey tan católico como exigían las circunstancias, y después de haber comenzado en un tono propio del señor que se dirige á sus súbditos, proseguía como acreedor que reclama una deuda: «Está muy en lo justo que sepáis aprovecharos de esta ocasión y que se reconozca respecto de mí todo lo que merezco de vuestro reino, dándome satisfacción, la cual, aparte de que sólo será para bien y ventaja vuestros, me producirá gran contento...» La cortesía de este final no reparaba lo indiscreto de la petición.

El cardenal de Pellevé contestó como convenía, recordando los servicios que, desde los tiempos más remotos, había España recibido de Francia: Clodoveo había vencido y muerto al rey de los visigodos, Alarico, defensor de la herejía de Arrio; Childeberto, heredero de la piedad de su padre, había ido á España para combatir contra Amalarico que se obstinaba en el mismo error; Carlos Martel había contenido en Poitiers la marcha victoriosa de los árabes, dueños ya de África y de España. «¿Y qué diremos de Carlomagno, y cómo conquistó los títulos de grande y de santo y de invencible sino combatiendo por la fe? Él obligó á los sarracenos, anidados en España, á contenerse dentro de sus límites y á dejar en paz y tranquilidad á los católicos del país.» Pellevé no se olvidó de Bertrán du Guesclín, condestable de Francia, que había destronado á Pedro el Cruel y puesto en el trono de Castilla á la dinastía de Trastámara. «Y aun hay otras muchas pruebas de la benevolencia y amistad de nuestros reyes para con los reyes de España.» Era esta una manera ingeniosa de demostrar que en punto á buenos servicios Francia no se había quedado atrás y que España había recibido anticipadamente el precio de sus esfuerzos en favor del catolicismo francés.

Pero, después de hechas estas salvedades, el orador exaltó la casa de Austria: si los príncipes loreneses, «como nuevos Macabeos,» habían derrochado por la fe su sangre y su vida, si el papa Clemente VIII «uno y otro día nos» manifestaba «la humanidad de su socorro,» el rey Felipe sobrepujaba á todos esos defensores de la fe; por esto Pellevé le prometía en recompensa de su celo «todo el deber de benevolencia y de afecto» que podía esperar de los franceses católicos y una gloria inmortal en la tierra y en el cielo. «Cuando pará premiarle por tantos trabajos sufridos en la causa

de la religión, ella (Su Majestad Católica) será introducida por la bondad divina en los celestes tabernáculos, no sólo saldrán á recibirla mil millones de ángeles, servidores del Altísimo, sino que una infinidad de pueblos á quienes ha sacado del error, de la infidelidad ó de la maldad de la herejía, acudirán con gozo y alegría llevando á manos llenas las gavillas de sus méritos.» ¿No parece, en verdad, que al mostrarle las palmas del cielo el orador de los Estados quería apartarle de buscar su recompensa en la tierra?

II.—La conferencia de Suresnes

Los españoles hubieran debido mostrarse más hábiles desde el momento en que la asamblea acababa de entrar en relaciones con los grandes señores realistas con motivo del manifiesto que Mayenne había publicado antes de la reunión de los Estados, no tanto para justificar la actitud de los de la Liga como para poner á prueba la fidelidad de los católicos realistas. En aquel documento había el duque declarado la imposibilidad de reconocer al rey de Navarra sin faltar á la obediencia á la Santa Sede y sin romper con «esa antigua costumbre tan religiosamente observada durante tantos siglos, en la sucesión de tantos reyes desde Clodoveo hasta el presente, de no reconocer para el trono real á ningún príncipe que no fuese católico, hijo obediente de la Iglesia, y que no hubiese prometido y jurado en el acto de su coronación, y al recibir el cetro y la corona, vivir y morir en el seno de la misma, defenderla y mantenerla, extirpar con todo su poder las herejías: primer juramento de nuestros reyes en el cual se funda el de la obediencia y fidelidad de sus súbditos.» Añadía que el rey de Navarra prometía siempre hacerse instruir en un concilio libre y general; pero el error en que se obstinaba «necesitaba acaso ser condenado una vez más? Roma había excomulgado á ese príncipe y le había privado del derecho de pretender á la corona; por consiguiente, terminaba diciendo Mayenne, los realistas no tenían más remedio que inclinarse ante esta decisión y unirse á los católicos de la Santa Unión para la salvación de la religión y del Estado. Los Estados generales iban á reunirse en París, «lugar en donde, si les place enviar algunos de su parte para hacer proposiciones que puedan servir para un bien tan grande, estarán en toda seguridad y serán escuchados con atención y con deseo de complacerles» (5 de enero de 1593). Este manifiesto, en apariencia hábil, no respondió á los cálculos de Mayenne. El rey había replicado con letras patentes (29 de enero) en las que afirmaba que la religión para nada entraba en la rebelión y que «los príncipes, prelados, funcionarios de la corona y principales señores católicos, así del consejo del rey como otros que estaban al lado de Su Majestad,» habían contestado con una declaración «al señor duque de Mayenne y á otros príncipes de su casa y á los señores prelados y á otras personas así reunidas en la citada ciudad de París.» «Con licencia y permiso» de su rey y príncipe natural, los realistas ofrecían á los de la Liga entrar «en conferencia y comunicación de los medios propios para acabar con los disturbios y para la conservación de la religión católica y del Estado.» Si querían elegir entre París y Saint-Denis un sitio

en donde tratar de este importante asunto, «ellos enviarían allí delegados y harían por su parte que se encontraran el día que se hubiese convenido y acordado.» Mayenne y su partido aparentaban no tener más propósito que mantener la religión del Estado, y los realistas ofrecían discutir con ellos los medios para lograr este fin; era, pues, un requerimiento lo que éstos hacían.

Aquella «Proposición» había causado en los Estados una emoción profunda. Los ligeros fanáticos no querían oír hablar de conferencia, y el Legado, lo propio que la facultad de Teología, prohibía toda relación con los herejes ó fautores de herejía. El asunto estuvo un mes en suspenso; pero al fin, en aquella asamblea, que la generalidad de las gentes se imagina tan apasionada, las opiniones moderadas prevalecieron: los más prudentes entendían que después de las prendas soltadas por Mayenne era imposible una negativa, y por consiguiente los Estados aceptaron la conferencia con la salvedad de que sus delegados no entrarían en relaciones directas ni indirectas con el rey de Navarra y se limitarían á exponer las razones por las cuales los franceses no debían reconocer como rey á un hereje.

Mayenne, encargado de transmitir esta respuesta, se obstinó en justificar una vez más á su partido por haber introducido á los extranjeros en el reino: era preciso «sufrir la pérdida de la religión, del honor, de la vida y de los bienes, ú oponer la fuerza á los herejes;» y ¿por qué los católicos unidos no habían de tener el derecho de recurrir á los aliados naturales de Francia, al rey de España á quien los mismos reyes habían recurrido en análoga necesidad y contra la rebelión de los mismos herejes, siendo así que los partidarios del rey de Navarra llamaban en su auxilio á los ingleses, «antiguos enemigos del reino?» Sostenía el duque que los de la Liga no eran criminales de lesa majestad por no querer reconocer á un príncipe hereje, y aludiendo á ese derecho hereditario que sus adversarios invocaban, añadía: «Poned cuidado, al bajar los ojos á la tierra para ver en ella las leyes humanas, en no perder el recuerdo de las leyes del cielo. No son la naturaleza ni el derecho de gentes los que nos enseñan á reconocer á nuestros reyes, sino la ley de Dios y la de la Iglesia y del reino, las cuales exigen al príncipe que ha de goberarnos no sólo la proximidad de la sangre, en la que vosotros os fijáis, sino también la profesión de la religión católica» (4 de marzo de 1593).

Feria no supo ó no pudo evitar nada. Tres días después de su recepción solemne, es decir, el 5 de abril, los Estados comunicaban á los católicos realistas su deseo de «adelantar» el día de la conferencia. Resolvióse que ésta se celebrara en Suresnes y ambas partes nombraron sus diputados.

Los Estados eligieron doce, entre los cuales figuraban el arzobispo de Lyon, Pedro de Epinac, el gobernador de París, el almirante Villars-Brancas y el presidente Jeannin; los realistas, ocho, que fueron: Renato de Beaune, arzobispo de Bourges, Bellievre, De Thou y otros cinco miembros del Consejo de Estado.

Estas negociaciones traían agitada á la población parisense: los Diez y seis fijaron unos carteles atacando aquel proyecto de entrevista entre los buenos católicos y los fautores de herejía; los políticos rasgaron estos carteles, y los Diez y seis agredieron á los políticos. La

masa del pueblo, sin embargo, estaba cansada de la guerra, y el día en que los diputados de los Estados salieron de París para ir á Suresnes, una gran muchedumbre, agolpada cerca de la puerta Nueva, gritó en alta voz: «¡La paz! Benditos sean los que la procuran y la piden; malditos sean y entregados á todos los diablos los demás.» En las aldeas de los alrededores, los habitantes se arrodillaban al paso de los diputados y juntas las manos les pedían la paz. Era la manifestación de la miseria universal. Aquel espectáculo resultaba tan conmovedor, que llegó á emocionar á los representantes de ambos partidos; y cuando estuvieron frente á frente no pudieron tratarse como enemigos, sino que se saludaron y besaron (29 de abril).

Las primeras reuniones se dedicaron á determinar las condiciones de una tregua, quedando en suspenso las hostilidades en un radio de cuatro leguas alrededor de París y de otras tantas alrededor de Suresnes. Esta medida no podía menos de redundar en beneficio de los realistas, pues permitiendo á los parisienses saborear las dulzuras de la paz, había de hacerles entrar más en deseos de disfrutarla. Así apenas estos últimos se enteraron de que se había concertado el armisticio, apresuráronse á salir de aquel recinto en donde habían permanecido como prisioneros cuatro años: era en el mes de mayo, y mientras unos visitaban sus casas de campo y contemplaban la salida de las primeras hojas, otros se lanzaban á bandadas á la campiña, «de tal suerte que desde la mañana se vió á los habitantes de la calle de Brilboucher ataviarse y hacer provisión de pasteles y botellas para aprovechar aquel buen tiempo en espera de otro mejor.» Los más piadosos y los más pobres se encaminaban á los santuarios de la región; el 6 de mayo, fueron á Nuestra Señora de las Virtudes, cerca de Saint-Denis, de 6 á 7.000 personas. A pesar de los esfuerzos, de las amenazas y de los gritos de los predicadores, el impulso era irresistible; París se desbordaba fuera de sus murallas, y almuerzos sobre la hierba, excursiones campestres, procesiones, romerías, todo era para sus habitantes motivo para respirar el aire de la libertad.

En el entretanto, el día 5 de mayo comenzaron en Suresnes las discusiones serias entre los diputados de los dos partidos. El arzobispo de Bourges, Renato de Beaune, hablaba en nombre de los realistas; el de Lyon, Pedro de Epinac, en el de los de la Liga, deplorando uno y otro el miserable estado de Francia, la ruina de los órdenes y la desolación de la Iglesia: «Hasta la tierra nos mostraba sus cabellos erizados y pedía que la peinaran para darnos los acostumbrados frutos.» Beaune terminó diciendo que la paz era el único remedio de los males presentes; D'Epínac puso por encima de la paz material, cuyos beneficios reconocía, la verdadera paz «que era el celo del honor» de Jesucristo «y por el cual había venido á separar al padre del hijo y ordenaba abandonar bienes, padres y alianzas para la contienda y defensa de la religión.» Mas no se negaba á escuchar las proposiciones que se hicieran «si el honor de Dios y su deber á la religión y á la Iglesia podían permitirlo.» Sin embargo, para que la paz fuera posible, «era preciso que los católicos estuvieran unidos de voluntad y de consejo á fin de mantener y asegurar su religión y de oponerse á las armas y á los propósitos de la herejía.»

Puestas las cosas en este terreno, los dos oradores habían de buscar las condiciones de este acuerdo. El arzobispo de Bourges no veía más medio de salvar el Estado y la religión, «en él contenida y comprendida,» que la sumisión á los poderes legítimos. El príncipe que Dios, la naturaleza, el orden de sucesión y las leyes del reino imponían, no era un ídólatra «ni profesaba la fe de Mahoma;» y si en ciertos puntos se apartaba de la Iglesia, era preciso trabajar para sacarle del error, y conjuraba á los de la Liga á que en unión de ellos se dedicaran á lograrlo «por votos é intercesiones comunes.» El arzobispo de Lyon confesaba «que la paz y la prosperidad de los Estados dependían principalmente de la obediencia que se debe al príncipe y de la concordia de los súbditos,» pero «esta concordia no podía obtenerse si había diversidad de religión.» Los suyos deseaban un rey, pero un rey muy cristiano de nombre y de hecho; en cuanto á «reconocer y confesar por rey á un hereje en este reino cristianísimo, primogénito de la Iglesia y antiguo enemigo de las herejías...», era cosa contraria á todo derecho divino y humano, á los cánones eclesiásticos y concilios generales, al uso de la Iglesia y á las leyes fundamentales y primitivas de este Estado.» El prelado acumuló los ejemplos y las pruebas, citó el Antiguo y el Nuevo Testamento, los decretos de los emperadores cristianos, las leyes del reino y las decisiones de los Estados generales que declaraban á los herejes indignos de desempeñar los cargos públicos menos importantes; ¿cómo, pues, preguntaba, pueden ser capaces de la más alta y excelente dignidad del mundo?» El arzobispo de Bourges, á su vez, encontró en las Sagradas Escrituras y en la historia textos demostrativos también para estatuir la obligación que tenían los súbditos de obedecer aun á los reyes paganos y herejes.

En resumen, el arzobispo de Lyon no discutía los derechos originarios de Enrique IV y se limitaba á afirmar que estaban destruidos por la herejía. Pero si el rey de Navarra volvía á ingresar en el catolicismo, ¿qué podría objetar en contra suya? Los realistas comprendieron las ventajas de su situación y resolvieron aprovecharlas, y el lunes 17 de mayo, el arzobispo de Bourges, después de hacer constar que sus adversarios no habían negado los derechos del rey, añadió que iba á desaparecer el único obstáculo para su reconocimiento, pues el rey había declarado que estaba resuelto á convertirse «por haber conocido y juzgado que es bueno hacerlo.»

La declaración llegaba oportunamente, y por más que D'Epínac replicó que tales conversiones sugeridas por la razón de Estado no podían inspirar ninguna confianza á los católicos, el efecto deseado estaba conseguido. La noticia se extendió muy pronto por todos los ámbitos de Francia, y Enrique IV escribió de su puño y letra á varios eclesiásticos informándoles de su resolución. Algunos párrocos de París, como Benoit, Chavagnac y Morenne, que lo eran respectivamente de San Eustaquio, de San Sulpicio y de San Merry, habían predicado siempre la moderación en medio del furor general; á ellos se dirigió el rey, invitándoles á que fueren á Mantes el día 15 de julio para instruirle en las dificultades de la religión. También se dirigió á Guincestre, uno de los predicadores más furibundos, que,

por un cambio inesperado, se había convertido de repente en apóstol de la paz. Benoit y Morenne titubeaban en hacer el viaje; Guincestre, según refiere L'Estoile, pidió autorización al legado: «*Maledicat*, exclamó éste furioso; *maledicat, maledicat*,» en tanto que aquél,

coronel y dos capitanes aceptaron aquel socorro cuyos recibos debían extenderse en nombre del rey de España. D'Aubray dijo que «quien tomaba se obligaba;» el deán del cabildo de Nuestra Señora no quiso admitir el donativo que Feria ofrecía á los canónigos arruinados



Procesión de la Liga, parte de un grabado en cobre contemporáneo

postrándose de hinojos, exclamaba: «*Benedicat, benedicat, benedicat*...»

III. — Los derechos de la infanta

Los españoles comprendieron que era preciso á toda costa prevenir los efectos de esta declaración y las distribuciones de dinero aumentaron. Ya mantenían á un cierto número de diputados indigentes y aun habían hecho ofrecer por conducto de Mayenne á los coroneles y á los capitanes de la milicia parisiense «una buena suma en recompensa de sus servicios;» pero sólo un

por la guerra; y el preboste de los mercaderes se negó á pedir á los españoles dinero para pagar las rentas del municipio. Otros fueron más acomodaticios, como lo demuestra el hecho de que durante los últimos seis meses del año 1593 distribuyera el embajador 24.048 escudos á los miembros de los tres órdenes: 11.148 al clero, 8.180 al tercer estado y 4.720 á la nobleza. Poco era esto para sobornar á una asamblea de 128 individuos, pero se habían prometido sumas más considerables y Felipe II estaba convencido de que más sujetos se tiene á los hombres con las promesas que con los favores.